



L181/0709

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 4 de julio de 2009

Rev. Padres,
Queridos hijos en nuestro Señor,

El viático de los cristianos

“El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo lo resucitaré en el día final” (Juan 6, 54)

En relación a la emergencia sanitaria por la Gripe A, algunos fieles se plantean la situación de la Eucaristía, otros piensan dejar de venir, o estando en la Liturgia deciden no comulgar. La seriedad del tema nos invita a una reflexión en base a nuestra fe y la experiencia de la Iglesia.

El significado espiritual de la situación actual

La primera reacción de un cristiano es acudir al Señor y pedir su misericordia. La pandemia es un momento privilegiado para proclamar el mensaje tanto de arrepentimiento como de esperanza. Porque nos hace falta, en realidad, a todos sin excepción, volver al Señor de la vida. Como sabemos, lo que sucede tiene su origen espiritual, o sea se radica en nuestro alejamiento de Dios.

El pánico y el temor que algunos sienten, sirven únicamente para progresar en el sendero del despertar de nuestra conciencia que se encuentra somnolienta, adormecida; y a fin que nos acerquemos a Dios y vivamos nuestra fe en Él. En efecto, tales situaciones nos conducen a tomar una conciencia más profunda de nuestra existencia, y a tener una entrega más sincera hacia el Señor. Es una oportunidad de crecimiento espiritual, basada en la integridad y la humildad. Dios es misericordioso, pero no es posible engañarlo de ninguna manera.

La enseñanza de la Iglesia

La Iglesia, alerta al sufrimiento humano y su estado espiritual, tiene compasión de todos y trata de guiar a su rebaño a fin que viva estos momentos, como todos los momentos, en Presencia del Señor, y que los frutos benéficos de todo lo que sucede puedan ser compartidos por todos. La Iglesia, cuyos miembros somos todos nosotros, se encuentra en la primera línea de la batalla que nos conduce a la vida eterna. Explorando la situación, la Iglesia tiene la total certeza que nada y nadie escapa a Dios omnisciente y omnipotente, entregándose en todo para que se haga Su voluntad: *“Hágase Tu voluntad así en la tierra como en el cielo”*.

Es cierto que hay que seguir las consignas sanitarias. Sin embargo, es necesario insistir sobre algunos principios básicos de nuestra fe, ya que el razonamiento humano, la incredulidad y el miedo pueden ocultarla o desarmarla. Indudablemente, el mejor recurso que tiene el mundo, en todo tiempo y ante cualquier situación, es recurrir a nuestro Señor,

en la oración. Evidentemente, el mejor lugar para la salvación de toda debilidad, enfermedad, pecado o muerte, es la Iglesia. Y obviamente, la fuente de vida de la Iglesia y de cada uno de nosotros, es la confesión seguida por la participación del sacramento de los sacramentos, la divina liturgia. Así seremos siempre amparados por la gracia de Dios, y la difundiremos en este mundo nuestro.

La importancia de la concurrencia a la Iglesia

Ante la situación actual, no debemos volver atrás, ni alejarnos en nuestro corazón o nuestra inteligencia de Dios, tampoco dejar de concurrir con la debida actitud a la Iglesia. La solución ante esta situación es manifestar la fuerza de la fe y la vida que la Iglesia nos otorga, primero con nuestra actitud de arrepentimiento, conyugada con nuestra oración ferviente e incesante, y la confesión de nuestros pecados, a fin de participar, todos juntos, entero y concientemente del misterio de la divina liturgia y comulgar el cuerpo y la sangre vivificadora y santificadora de nuestro Señor y Salvador. Quien puede concurrir a la Iglesia y participar así de la liturgia es un transmisor de la gracia vivificadora de Dios. ¿Acaso, para cubrir nuestras necesidades temporales, se nos ocurrió pensar en parar de hacerlo por lo que sucede? Si la respuesta es negativa, ¡cuanto más vale, pues, que sigamos viviendo y practicando, en primer lugar y sobre todo, nuestra fe, que es el sostén de toda nuestra vida! Concurrir a la Iglesia, pues, es la solución, primera y primordial, ante la situación actual, y esto en vista de una participación entera y total del misterio de la Eucaristía, y en particular, de la santa comunión.

La comunión de los santos Dones

Pero, ante un cierto escepticismo, aclaramos que la comunión de los santos Dones en nuestra Iglesia no puede ser transmisora de enfermedades, sea por medio del celebrante o por el modo de administrar la comunión por la cuchara. No solamente el cuerpo y la sangre del Señor sanan y curan las enfermedades tanto corporales como psíquicas o espirituales, ¡sino más bien santifican al comulgante! La experiencia milenaria de nuestra Iglesia atesta que es imposible que nos ocurra algo malo por la comunión, cuando nos acercamos con fe y humildad. El espacio presente no permite que nos refiramos al testimonio de los santos al respecto.

Cabe notar que se demostró, a nivel científico, que la comunión por la cuchara es más sana que por otro medio. Es un testimonio que dejamos a consideración de aquellos que quieren ver el tema desde esta óptica, ya que para nosotros lo tenemos superado.

Antología de los textos de la divina liturgia de san Juan Crisóstomo

Por ello, reunirse como Iglesia en el templo para celebrar de la divina liturgia implica el ingreso en una nueva realidad donde abunda la paz y la bendición, y nunca la perturbación o la tribulación. Paz y bendición divinas son los dos polos que encontramos especialmente tanto al comienzo como al final de la liturgia. Así, al comienzo, el celebrante entona: *"Bendito sea el reino del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo..."*, y sigue con la letanía: *"En paz roguemos al Señor; por la paz que proviene desde lo alto; por la paz del mundo entero... roguemos al Señor"*; mientras que al final, reza diciendo: *"Oh Señor, Tú que bendices a los que*

Te bendicen y santificas a los que en Ti confían, salva a Tu pueblo y bendice Tu heredad... Concede la paz a este mundo Tuyo, a Tus Iglesias, a los sacerdotes, a los gobernantes y a todo Tu pueblo; porque toda dádiva buena y todo don perfecto provienen de lo alto, proceden de Ti...".

Animados con este espíritu, y concientes de nuestra situación, pedimos al Señor "que seamos librados de toda tribulación, ira, peligro y necesidad"; que "todo este día sea perfecto, santo, pacífico y sin pecado", y también "un ángel de paz, fiel, guía, custodio de nuestras almas y de nuestros cuerpos", peticiones que siempre concluimos diciendo: "Ampáranos, sálvanos, ten piedad de nosotros y guárdanos, oh Dios, por Tu gracia".

En realidad, la fuerza de nuestra reunión reside en que "Tú, Señor, que nos has concedido la gracia de unir nuestras voces a fin de elevar a Ti, en común, estas oraciones; Tú que has prometido conceder las peticiones a dos o tres reunidos en Tu nombre; Tú mismo, cumple ahora las súplicas de Tus siervos, en lo que les es conveniente...". Nos acercamos a Él por tener fe en Su compasión: "Tú mismo, oh Soberano, según Tu tierna compasión, míranos a nosotros y a este santo templo, y concédenos a nosotros y a aquellos que oran con nosotros, Tus abundantes generosidades y misericordias". Y con la debida actitud de arrepentimiento y de humildad, nos atrevamos a pedirle al Señor que se apiade de nuestro mundo, que modere las pruebas que se nos presentan, y que nos conceda la máxima beatitud: "De nuevo y reiteradamente nos prosternamos ante Ti y Te suplicamos, oh Bueno que amas a la humanidad, que considerando favorablemente nuestra súplica, purifiques nuestras almas y nuestros cuerpos de toda mancha de la carne y del espíritu, y nos concedas presentarnos ante Tu santo Altar sin incurrir en reproche o condenación". Es cierto que para mantener dicha conciencia se necesita que "apartemos ahora toda preocupación temporal a fin de recibir al Rey de todo".

Pero esto no es posible que si confesamos la soberanía de Dios en todo y sobre todo: "Tú solo, oh Señor y Dios nuestro, reinas sobre lo celestial y lo terrenal", en vista de ofrecerle nuestro agradecimiento, o sea nuestra acción de gracias, la Eucaristía. Y ¿qué mejor ofrenda que Jesucristo podemos ofrecer a Dios Padre? ¿Quién mejor que nuestro Señor puede ofrecer nuestra ofrenda a Su Padre? Así, toda la Iglesia reconoce en los santos Dones que "Tú eres el que ofrece y es ofrecido, el que recibe y es distribuido, oh Cristo nuestro Dios", y también se los ofrece al Padre: "Lo Tuyo, de lo que es Tuyo, Te lo ofrecemos en todo y por todo".

Así en Jesucristo expresamos nuestra gratitud, confesando al Padre que "nada dejaste por hacer para llevarnos al cielo y darnos en gracia Tu reino que ha de venir", agradeciéndole, tanto a Él como al Hijo y al Espíritu Santo "por todos los beneficios conocidos de nosotros o ignorados, manifiestos u ocultos, realizados en favor nuestro...", porque "tanto fue Tu amor a este mundo Tuyo como para dar Tu Hijo unigénito, para que ninguno de los que creen en Él perezca, sino que obtenga la vida eterna".

Ya que todo está preparado para nosotros, el Señor mismo, por la boca del celebrante, nos invita a compartir Su cena: "Tomad, comed, esto es Mi cuerpo... Bebed de él todos, ésta es Mi sangre, la del Nuevo Testamento, que por vosotros y por muchos es derramada, para la remisión de los pecados".

Nosotros, plenamente concientes, respondemos a dicha invitación pidiendo, suplicando e implorando que Él nos conceda que "comulguemos Tus celestiales y terribles Misterios de esta sagrada y espiritual Mesa, con una conciencia pura para la remisión de los pecados

y el perdón de las culpas, para la comunión de Tu Espíritu Santo, para la herencia del reino de los cielos, para confianza filial ante Ti y no para incurrir en juicio o condenación".

En fin, habiendo participado de la comunión, agradecemos al Señor "por habernos hecho digno de nuevo en este día de participar de Tus celestiales e inmortales Misterios. Endereza nuestro camino, afírmanos a todos en Tu temor, protege nuestra vida, y asegura nuestros pasos, por las oraciones y súplicas de la gloriosa Madre de Dios y siempre Virgen María, y de todos Tus santos".

Si por la santa comunión hemos sido partícipes de la vida inmortal, ¿cómo se explica, pues, pensar en alejarse de ella? ¡Que Dios nos perdone!

Testimonio de san Juan de Kronstadt (+1908)

"Y he aquí Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mateo 28:20). Tú estás con nosotros a través de los tiempos; y no estamos ni un solo día sin Ti. Tú estás especialmente en los Sacramentos de Tu cuerpo y sangre. En cada Liturgia tomas un cuerpo semejante al nuestro, salvo el del pecado, y nos alimentas con Tu carne vivificada. Por medio de este Sacramento estás plenamente con nosotros, y Tu Carne se une a nuestra carne, mientras que Tu Espíritu se une a nuestra alma; y sentimos esta unión dulcísima, vivificadora, de paz profunda, así unidos a Ti nos hacemos un espíritu contigo; nos hacemos como Tú, buenos, mansos, y humildes, así como dijiste: "Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón" (Mateo 11:29).

El Señor, en todo lugar donde se ofrece Sus Misterios vivificadores, es eternamente el único e indivisible Creador. Por su único Espíritu Santo, viviendo en el santo sacramento del Cuerpo y de la Sangre celebrados en todas las iglesias del mundo, nos quiere unir a Él, a nosotros que hemos caído lejos de Él por el pecado y la obediencia al demonio, a fin de purificar todo lo que en nosotros nos separa de Él, y también uno de otro, "a fin todos sean uno; como tú, oh Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos estén en nosotros" (Juan 17:21).

¡Qué maravilla creatura es el hombre! Dios ha maravillosamente depositado en este polvo Su imagen, Su espíritu inmortal. Pero maravíllate más bien, oh cristiano, la sabiduría, el poder y la misericordia del Creador. Él transforma y cambia el pan y el vino en Su purísimo cuerpo y Su preciosa sangre, y viene Él mismo a permanecer en ellos, por Su santísimo y vivificador Espíritu, de modo que Su cuerpo y Su sangre sean al mismo tiempo Espíritu y Vida. Y ¿por qué esto? Para purificarte, a ti pecador, de tus pecados, y unirte, así santificado, a Él, y así unido a Él, acordarte la beatitud y la inmortalidad. "¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!" (Romanos 11:33).

Estoy maravillado ante la grandeza y las propiedades vivificadoras de este sacramento. Una anciana que vomitaba sangre, que no tenía más fuerza, tampoco la capacidad de alimentarse, cuando le había dado la santa comunión, comenzó el mismo día a mejorar. También, una chica moribunda, después de comulgar, se remitió desde aquel día, y empezó a comer, beber y hablar, mientras que antes estaba casi inconciente, muy agitada, y no podía beber ni comer. ¡Gloria a Tus misterios vivificadores y temibles, oh Señor!

+ Siluan

Arzobispo de Buenos Aires y toda Argentina